



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN
RITANNA ARMENI

GABRIELLA BOTTANI

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

AMY-JILL LEVINE

GRAZIA LOPARCO

MARINELLA PERRONI

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ

CAROLA SUSANI

RITA PINCI(COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

SE216702

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

La voz de los hombres

Esta vez hablarán los hombres. A ellos les corresponde –con motivo del 8 de marzo, fecha en la que desde hace tiempo se celebra el Día de la Mujer– hablar del papel y la importancia que “el segundo sexo” ha tenido en sus vidas, en la construcción de su fe o en su camino religioso. Les toca también porque en este mismo mes celebramos a San José, un hombre, un santo, que supo llegar hasta el final con dedicación, fe y abnegación al lado de la “madre de Dios”.

En las siguientes páginas, hombres que viven en la Iglesia y para la Iglesia dan su opinión sobre el pasado y el papel de la mujer en él. Y sobre el presente y futuro de su presencia. Ya que en la actualidad las mujeres desempeñan tareas y funciones diferentes a las del pasado. Y tienen importantes ambiciones y aspiraciones de futuro. **Francisco** ha entendido bien todo esto cuando habló de “desmasculinizar” la Iglesia abriéndola a una mayor presencia femenina.

¿Hasta qué punto las han comprendido los hombres, los sacerdotes, los obispos, los cardenales, los fieles y aquellos que pretenden seguir las palabras del Evangelio? ¿Cuánto influyeron en sus creencias y fueron importantes para su formación las mujeres, las que formaron parte de sus vidas y sus afectos y las que conocieron en su misión? ¿Cuánto de nuevo les pueden enseñar hoy? Las preguntas que los hombres de Iglesia pueden plantearse son muchas y diferentes del pasado.

La Iglesia es considerada una institución patriarcal y para muchos también misógina. Un lugar donde las mujeres están marginadas a los roles de servicio, donde las aspiraciones que han manifestado de ejercer una presencia diferente, más autorizada e influyente, han provocado no solo debate, sino también reacciones duras por parte de muchos hombres. Por eso, hemos pensado en darles la palabra, y en su totalidad, para que nos cuenten su experiencia y opinen sobre el futuro.

Para que contribuyan personalmente y en un debate libre a lo que –el Sínodo es la demostración más clara de ello– es uno de los problemas que, a nuestro juicio, son cruciales para el futuro de la Iglesia.

Contamos en este número con aportaciones muy diferentes. A veces, disonantes. Opiniones críticas junto con grandes esperanzas de apertura. Distintas opiniones. Es lo que pretendemos recoger en *Donne Chiesa Mondo* para contribuir a que puedan darse pasos en el futuro.

El arzobispo de Argel, Jean-Paul Vesco, denuncia la falta de mujeres en roles de responsabilidad



“Sí, la Iglesia tiene un problema”

MARIE-LUCILE KUBACKI

El arzobispo de Argel, **Jean-Paul Vesco**, francoargelino de sesenta y un años, ha reflexionado sobre la noción de fraternidad y alteridad, uno de los frutos de su experiencia en Argelia y de su pertenencia a la orden dominica, que impregna su pensamiento sobre las mujeres.

¿Tiene la Iglesia católica un problema con las mujeres?

La formulación de la pregunta es un poco provocativa, pero sí, la Iglesia ha tenido un problema con las mujeres durante siglos, como los otros dos monoteísmos en general y quizás la mayoría de las religiones. Pero no es una excusa. ¡Hubiera sido tan bueno y legítimo para el cristianismo si hubiera sido diferente desde el principio! Con algunas felices excepciones recientes, las mujeres están ausentes del gobierno y del comentario de la Palabra de Dios durante las celebraciones dominicales, mientras que en otros lugares están presentes en todas partes. Son la “carne” de las parroquias y

muchas veces el alma de aquellas iglesias domésticas que son familias, y son siempre ellas, la mayor parte de las veces, quienes se ocupan de la catequesis.

En nuestra representación, la Iglesia es por definición atemporal, una Iglesia patriarcal al margen de las corrientes, modas y atropellos de la época. Sin embargo, a falta de una mayor participación de las mujeres en roles de responsabilidad y visibilidad, nuestra Iglesia paradójicamente corre el riesgo de convertirse en una Iglesia obsoleta, no atemporal sino anacrónica y anticuada en su organización. La Iglesia católica, es decir, universal, no es del mundo, pero está inscrita en el mundo y no puede refugiarse en una lógica de nicho autorreferencial respecto del mundo.

La cuestión de la responsabilidad de los laicos y, por tanto, también de las mujeres, fue ampliamente planteada durante las consultas que precedieron al Sínodo. El problema está hoy sobre la mesa. Hoy es impensable la guerra de los monaguillos para que solo haya niños alrededor del altar. En los Dicasterios del Vaticano, donde las mujeres empiezan a ser más numerosas que en el pasado y donde ocupan pues-

tos de mayor responsabilidad, el clima es completamente diferente. Unas pocas mujeres son suficientes para que la Curia deje de ser ese pequeño grupo clerical que desgraciadamente es tan fácilmente señalable.

Se suele decir que hoy sería imposible reunir un concilio a nivel de la Iglesia universal debido a la dificultad concreta de reunir a más de 5.000 obispos. Pero ese no es el problema. La imagen del Aula Pablo VI durante el Sínodo con cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, hombres y mujeres alrededor de las mesas, demuestra un cambio de época, la conciencia de que se ha vuelto imposible decidir solo entre obispos. En cierto sentido, el Sínodo sobre la sinodalidad ha dejado obsoleta la perspectiva de un Concilio Vaticano III. ¿Quién podría imaginar hoy que el futuro de la Iglesia podría discernirse en una asamblea de solo obispos?

¿Qué papel tienen las mujeres en el gobierno de la diócesis de Argel?

En nuestra diócesis, además de los distintos consejos, he querido rodearme de un pequeño equipo formado por los principales responsables de la curia diocesana: el vicario general, el secretario general, el ecónomo, el ecónomo adjunto, el jefe de la diaconía y yo. Este equipo está formado por cuatro mujeres y dos hombres. La mayoría de las decisiones se toman en conjunto. En términos más generales, vivo en un ambiente esencialmente femenino y ¡es una alegría diaria! Lo que no significa que no haya roces. Un día, uno de ellas me dijo: “¡Pero al final eres tú quien decide!”. Es verdad, es una observación certera. En nuestra Iglesia Católica, las decisiones las toma el obispo que las encarna.

Sin duda, el modelo puede evolucionar. En este sentido, los modelos de gobernanza en la vida religiosa pueden ser inspiradores porque muchas decisiones las toman los capítulos o consejos elegidos y las limitaciones al poder de toma de decisiones de los superiores restan valor a su poder simbólico. Dicho esto, me parece que, en la mayoría de los casos, la confianza que surge del conocimiento mutuo y de la búsqueda de un proyecto común hace que gran parte de las decisiones se tomen con amplio consenso o hasta por unanimidad. Y, en cualquier caso, las opiniones de todos y cada uno han sido siempre escuchadas y han influido, de una forma u otra, en la decisión final. Creo que es una experiencia fuerte para todos incluyéndome a mí.

Tras la cuestión de las mujeres está la del papel de los laicos...

Cierto. Durante la fase diocesana del sínodo sobre la sinodalidad, en la diócesis de Argel, los cristianos nativos del país expresaron claramente su deseo de participar en la vida de la Iglesia. Con razón consideran a la Iglesia "su Iglesia" porque es argelina. Sin embargo, se sienten marginados frente a nosotros que somos "titulares", en su mayoría religiosos y extranjeros, que desde la independencia del país representamos la esencia de las fuerzas vivas de la Iglesia. De hecho, anteriormente estaban casi ausentes de los órganos de toma de decisiones. Hemos escuchado su llamamiento y lo hemos tenido especialmente presente en la composición de los distintos consejos, episcopal, económico y pastoral.

En el consejo episcopal hay dos sacerdotes, una monja, una focolarina y cinco laicos argelinos, dos de los cuales son mujeres. Esto crea un clima completamente diferente. Incluso en este caso salimos de un círculo reducido. No siempre es fácil y nada se da por sentado, pero hay que dejar de lado nuestros códigos, nuestra obviedad.

Debemos aprender a entendernos y medir el abismo de incompreensión que a veces nos separa y del que no éramos conscientes porque no tenía lugar para expresarse. Nuestra Iglesia debe volverse mucho menos clerical, es un desafío para la Iglesia universal a todos los niveles y en todos los lugares. Este desafío no está exento de una pretensión de poder, con todo

lo desagradable que ello pueda conllevar. Pero reprochar a alguien que quiera alcanzar el poder significa a menudo ejercer ese poder sin necesariamente ser consciente de ello. Por eso me resulta difícil desestimar las demandas de las mujeres en la Iglesia con un "por qué quieren el poder".

Inspiración monárquica

En algunas sociedades el funcionamiento de la Iglesia en este aspecto choca con el ideal democrático...

El principio de organización jerárquica de la Iglesia es de inspiración monárquica... ¡salvo la sucesión hereditaria! Es la organización humana la que, casi desde sus orígenes, ha garantizado la unidad y lo ha demostrado varias veces. En cualquier caso, así somos. Esto no excluye la presencia en su interior de funciones e instancias más democráticas, como ocurre en las monarquías modernas. Nuestros hermanos y hermanas de las Iglesias protestantes tienen esta cultura democrática, es decir sinodal, y sin duda tenemos mucho que aprender de ellos en este gran movimiento de sinodalidad al estilo católico iniciado por el Santo Padre.

La dinámica sinodal no se detendrá, se extenderá y difundirá a todos los niveles de la Iglesia, sin poner en duda su estructura sacramental. Cualquier paso atrás parecerá inmediata y totalmente anacrónico, porque la Iglesia concierne a todos los bautizados. Estoy profundamente convencido de que la responsabilidad en la Iglesia, en la que las cuestiones de poder suponen una dis-

torsión, aumenta cuanto más se comparte. Compartir la responsabilidad significa aumentarla y nuestra Iglesia sufre un gran déficit en la asunción de responsabilidad.

¿Qué piensa del diaconado femenino?

A título personal, lo espero sinceramente. Me parece imposible privar a los fieles y, por tanto, a mí mismo, de la recepción femenina de la Palabra de Dios. Ninguno de los argumentos esgrimidos me ha convencido jamás. Entonces sí, me gustaría que la cuestión del diaconado femenino avanzara o al menos diera un paso más hacia la autorización para las mujeres y, en general, para los laicos formados, a comentar la Palabra de Dios en el contexto de la celebración del Domingo. A diferencia del ministerio presbiteral, el diaconado femenino tiene sus raíces en la tradición de la Iglesia y me cuesta comprender las objeciones que se pueden plantear, salvo reservar al presbiterio, es decir, el ejercicio de lo sagrado, para los hombres. En esta cuestión de los ministerios, como en la del gobierno, el horizonte se revela y se amplía a medida que caminamos. Lo que ayer parecía impensable, mañana puede convertirse fácilmente en un hecho. Una presencia exclusivamente masculina en el presbiterio, las grandes procesiones de entrada exclusivamente masculinas, todo esto nos parece hoy natural. ¿Será siempre así o algún día nos parecerá demasiado anacrónico? El solo hecho de hacerse la pregunta ya provoca un cambio de perspectiva...





PAOLO DI PAOLO

Pedro es el último en llegar al sepulcro. Así lo cuenta **Juan**: “Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro”. Juan ve las vendas, pero no entra. En cambio, Pedro sí lo hace y ve el sudario doblado en un rincón. La resurrección de entre los muertos ya ha sucedido, la resurrección no es en el presente. Los cuatro evangelios no lo describen como algo que sucederá, sino como algo que ha sucedido. Ninguna mirada humana participa. Se quita la piedra, todo se ha cumplido. Necesitamos creer sin haber visto, necesitamos simplemente creer, sin más pruebas que esa piedra corrida, el sudario doblado o las vendas quitadas.

En el Evangelio de **Mateo**, el ángel del Señor invita a las mujeres a no tener miedo. Su luz deslumbra a todos. Habla de que estaban “llenas de miedo y alegría”.

Marco dice que “estaban temblando y fuera de sí”. Las mujeres huyeron “y no dijeron nada a nadie del miedo que tenían”.

Lucas las define como “desconcertadas”.

Jesús no se aparece inmediatamente a los discípulos, se hace esperar. Solo en el Evangelio de Juan se manifiesta inmediatamente ante los ojos de **María Magdalena**. Mientras los demás regresan a casa, ella sigue llorando. Dos ángeles le preguntan el motivo de su llanto: “Se han llevado a mi Señor”, responde. Aparece Jesús, pero no lo reconoce. El evangelista dice: “no sabía que era Jesús”. Jesús resucitado tiene la misma apariencia que su existencia terrena. ¿Por qué Magdalena no lo reconoce?

Aquí es notable la sutileza psicológica de la historia del Evangelio. Juan nos pone ante los límites de nuestro propio pensamiento, de nuestra capacidad de pensar. No solo nuestras capacidades perceptivas tienen un límite: aquí está en juego lo impensable. Porque ha sucedido lo impensable: el hombre que **María** conocía y amaba murió. Él reaparece ante ella con sus propios rasgos, pero tal es la dificultad de concebir que sea Él, que siga siendo Él, que ello impide a María reconocerlo.

Este episodio trae consigo un detalle de gran intensidad y belleza. Jesús repite a María las mismas preguntas que le habían hecho los dos ángeles: “¿Por qué lloras?, ¿a quién buscas?”. La mujer piensa que el hombre es el hortelano del jardín y así aparece retratado. La mujer responde: “Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré”. Algo nos recuerda

→ *¿El problema no deriva quizá del hecho de que muchas veces se consideran las vocaciones femeninas en relación con las masculinas?*

De hecho, la vocación femenina en la Iglesia se piensa tradicionalmente en términos de complementariedad. Pero esto ya no es suficiente, hay que pensarlo también en términos de alteridad. La vocación femenina es válida en sí misma. Esta dimensión de alteridad está actualmente muy presente en la vida matrimonial. Las tareas se comparten, ambos padres pueden trabajar, cuidar a los hijos... Cada uno las realiza en su diversidad de sexo, carácter... Son las mismas tareas realizadas de forma diferente. Esto vale para todos los ámbitos de la sociedad. ¿Cómo pensar que no puede haber un eco de esta evolución social dentro de la Iglesia en la forma en que se ejercen los carismas y los ministerios, respetando la Tradición, que no es un cuerpo muerto sino un cuerpo vivo, al mismo tiempo inmóvil y siempre en movimiento?

La cuestión de la alteridad remite a la de la fraternidad. La fraternidad requiere, y al mismo tiempo hace posible, la alteridad. No se puede decir lo mismo de la paternidad espiritual. Creo en la paternidad espiritual: como fraile dominico en formación lo he experimentado. Pero esta paternidad espiritual la recibí de un hermano, de un *alter ego* muy adelantado a mí en la vida religiosa y también en santidad. Si no hubiera fallecido antes, yo podría haber sido su prior provincial. Tengo dificultades con la paternidad espiritual institucionalizada tal como la experimentamos en la Iglesia.

Los roles nunca se invierten, como ocurre con la paternidad en la vida real, donde las relaciones entre padres e hijos continúan evolucionando a lo largo de la vida. Un día los niños cuidan de sus padres. No ocurre lo mismo con el pa-

triarca, que conserva su autoridad hasta su muerte. Y en este sentido, la paternidad espiritual institucionalizada me parece más un modelo patriarcal que paternal. La fraternidad, como en una verdadera hermandad, hace posibles todas las formas de relaciones. Una hermana mayor puede tener un papel maternal con respecto a su hermano menor durante un período. Siempre quedará algo, pero cada uno de ellos experimentará la alteridad fundamental que recibieron como hijos de los mismos padres. La vida se encargará de hacer evolucionar su vínculo y, quizás, en algún momento, revertirlo.

Creo profundamente que nuestra Iglesia necesita pensar en sí misma más como una comunidad de hermanos y hermanas. Es el testimonio más elevado que puede ofrecer al mundo. Más que una lucha de poder, el necesario reequilibrio entre el clero y los laicos, entre hombres y mujeres, es una cuestión de alteridad y hermandad. Si me gusta que me llamen hermano, más que padre o monseñor, no es por falsa modestia o vanidad, sino precisamente por esta cuestión de alteridad que no deriva de una elección, sino de un hecho: necesito hermanos y hermanas de mi diócesis tal y como necesitaba de mis hermanos dominicos para ser lo que yo soy para ellos.



María, el sentido de una fe

Este relato aborda la experiencia de la Magdalena en el sepulcro vista por un escritor

a **Antígona** y su obstinación fraternal en dar a los muertos un entierro digno. Lo eternamente humano es la voluntad, la necesidad de seguir sintiéndonos cerca de los que ya no están, de sus restos. Pienso en los gestos que vemos en los tanatorios como las caricias, llantos, la inmovilidad del difunto al que se acaricia o se besa. Pienso en la desesperada obstinación de quienes luchan durante meses, años, por recuperar el cuerpo de un familiar desaparecido.

Jesús la llama por su nombre. Dice solo: “¡María!”. Ella lo reconoce al final, lo llama maestro, se tira a sus pies y lo quiere abrazar.

Y se reconocen mutuamente. No por la mirada, sino por la voz. La voz que nos hace únicos. Esa voz precisa e inconfundible. Para cada ser humano hay una voz diferente. Hay voces parecidas, no hay voces iguales. La voz como lo más íntimo que tenemos. La voz con la que pronunciamos los nombres de las personas que amamos. Te reconozco por la forma en que me llamas, por la forma en que –solo tú– dices: María, recuerdo cómo me llamaste, siempre lo recordaré. “Cuando te hablo, te toco, y tú me tocas cuando te escucho, desde cualquier distancia, incluso por teléfono, a través del recuerdo de una inflexión de la voz por teléfono, y por carta o por correo electrónico”.

Antonio Tabucchi, en un pequeño libro (*Autobiografie altrui. Poetische a posteriori*), cuenta una historia personal. Se trata de la muerte de su padre por cáncer de laringe. La primera operación había ido bien, “al menos técnicamente” y el padre de Tabucchi reanudó su vida, pero la cirugía había dejado una huella irreversible porque al haberle extirpado la laringe, el hombre se quedó sin hablar. Padre e hijo se comunicaban con gestos, miradas o escribía en una pizarra. Involuntariamente, su hijo también empezó a hacerlo: “Quizás tenía miedo, al usar mi voz, de subrayar su mutilación”.

Recordando aquel tiempo de sufrimiento, Tabucchi razona en torno al tema de la voz humana. Observa, que la palabra “evocar” –*ex vocare*, llamar– tenga que ver

con la voz. “Si para recordar una imagen perteneciente a nuestra vida pasada es necesario “cerrar los ojos”, para escuchar la voz de mi padre me bastaba con “abrir los oídos” y escuchar. Y la voz me llegaba con su tono y timbres únicos. La imagen de mi padre pasaba a través de su voz, para evocar su figura necesitaba su voz”, escribe.

María abre los oídos. Los ojos no importan, el ver no importa. Oye pronunciar su nombre y esa voz la conmueve. Es para ella el mayor indicio de una vida que la ha tocado, una vida que le gustaría vol-

laica, Nancy se adentra en este episodio recogido solo por el Evangelio de Juan. Y se pregunta los motivos de las raras representaciones pictóricas. Examina alguna. En la de **Pontormo**, Jesús sostiene la guadaña en una mano y con la otra aleja a María, quien inclina su cuerpo hacia Él para retenerlo. La versión del pintor español del siglo XVII, **Alonso Cano**, es más íntima: María sostiene a Jesús por su manto y Él pone la mano en su frente.

En las Escrituras este gesto no aparece, pero podemos imaginarlo.

Tienes que irte, sí, pero déjame sentir el calor de tu mano por última vez. Nancy está convencida de que *Noli me tangere* contiene la verdad de la resurrección. El cuerpo resucitado se levanta, se va, no está disponible para tocarlo. Sostiene Nancy que es como si Jesús dijera: “Ya me estoy yendo, yo no soy sino en este partir”. Se aleja hacia el Padre, se aleja, pide un acto de amor que no sea posesión, un gesto de amor que no lo detenga. *Noli*: no quiero, no se te ocurra tocarme. Así lo imagina: “No tienes nada, no puedes tener ni retener nada. Esto es saber amar. Ama lo que huye, ama al que se va. Ama que se vaya”. La verdad no se puede retener. Necesitamos creer en una ausencia. “Permaneced fieles a mi partida”.

Este es el significado de toda lealtad. Te soy fiel incluso en tu ausencia. Soy fiel a tu ausencia. Este es el sentido de una fe. Saber que no puedes tocar (más). Aceptar creer en la ausencia. “No me retengas, porque todavía no he subido al Padre”.

Porque todavía no soy. Hay un breve y definitivo espacio entre la muerte y su redención, dura el tiempo de las lágrimas y del calor residual, el arco que separa el “ya no” y un posible “siempre”.

María acepta, elige amar esa partida. **Tomás**, no: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo” (Juan, 20, 25). Jesús, apareciéndose al apóstol, se deja tocar, le pide que ya no sea incrédulo, sino creyente. Y añade: “Bienaventurados los que crean sin haber visto”.



ver a tocar. El primer instinto al escuchar una voz conocida o desconocida en una habitación cercana, es buscar su fuente y acercarse. Así ocurre con los muertos, los escuchamos como una chispa de su léxico privado. A veces en el aire vibra su música. ¿Y después?

Noli me tangere. Es una frase inesperada, parece casi brusca, como otras frases que Jesús pronuncia en su vida pública. ¿Por qué dice eso? ¿Por qué le dice a María “no me toques”? Una de las reflexiones más bellas sobre el tema pertenece al filósofo francés, **Jean-Luc Nancy**. Con su mirada

Massimiliano Patassini, sacerdote de los Frailes Menores Conventuales, de 41 años, licenciado en Matemáticas y Bachillerato en Teología, es el director responsable de las seis revistas del grupo *Messaggero di Sant'Antonio*, con sede en la Basílica del Santo de Padua. Le hemos hecho algunas preguntas sobre la cuestión de la mujer en la Iglesia.

¿Qué papel han jugado las mujeres –las que ha conocido, las de su familia– en sus elecciones religiosas?

Sin duda, un papel muy importante. En primer lugar, en la elección de vivir la fe católica. Fueron mi madre y mi abuela quienes me enseñaron a rezar y a cultivar una relación de confianza con el Señor. No es que mi padre estuviera ausente, al contrario. Me ayudó a comprender la fe, a preguntarme sobre el sentido de lo que estaba experimentando y eligiendo, especialmente en momentos en los que me preguntaba sobre opciones de vida como la de convertirme en sacerdote o fraile.

Una experiencia muy significativa para mí fue compartir una parte del camino de mi vida con una amiga unos años mayor que yo, con quien nos reuníamos desde hacía algunos años una tarde a la semana para meditar juntos el Evangelio. Fue una oportunidad para conocer una sensibilidad diferente a la mía, crecer en la relación y conocerme mejor en el espejo de la otra. Este camino ha continuado en las amistades femeninas que tengo, relaciones que hay que valorar, respetando las elecciones personales.

Desde que decidí ingresar al convento, durante toda mi formación inicial, mi madre insistió en que me planteara serias preguntas sobre la elección que estaba haciendo, que ella concebía como un “camino cuesta arriba”. A veces me costaba un poco escucharla, pero me hacía mucho bien cuestionarme seriamente una decisión tan importante, oyendo una voz diferente a la del entorno que me estaba formando. Poco a poco, al ver mi serenidad al vivir esta elección, mi madre se tranquilizó y se alegró de lo que estaba viviendo.

Otro paso importante en mi formación fue el tiempo de evaluación psicológica, que hice con una monja. Estamos hablando de profesionales, pero sentí una sensibilidad diferente a la de mis formadores que sirvió para resaltar más claramente los aspectos fuertes y débiles de mi persona.

Muchos consideran que la Iglesia es una institución patriarcal. ¿Es una valoración justa?



El franciscano Massimiliano Patassini reflexiona sobre el ejercicio de la autoridad

Foto Gente Veneta

“Falta sensibilidad”

En la estructura jerárquica de la Iglesia católica actualmente encontramos solo hombres, ya que esta estructura está vinculada al sacramento del orden (obispos, presbíteros y diáconos). El ejercicio de la autoridad debe vivirse no como un control sobre los demás, sino como un servicio. Es siempre el ejercicio de un poder que está sobre todo en manos de los hombres. ¿Es esto justo? Si entendemos a la Iglesia como una institución social, la esperanza sería una mayor igualdad de presencia en los puestos dirigenciales. La Iglesia no es solo una institución social, sino que también tiene una dimensión teológica; no es solo una realidad humana a nuestra disposición, sino que tiene un aspecto divino.

¿Cree que en estos años la relación de la Iglesia con las mujeres ha cambiado?

Me parece que se presta mayor atención a escuchar y valorar las experiencias, pensamientos y capacidades de cada bautizado, sea hombre o mujer. También es una señal positiva la progresiva inclusión de figuras femeninas en los Dicasterios de la Curia romana u otros órganos de la Iglesia. Un ámbito que me parece especialmente significativo es el teológico. La contribución femenina en los estudios teológicos es importante, porque los destinatarios de la revelación son todos los seres humanos. El hecho de que la teología sea prerrogativa solo de los hombres es restrictivo, no tanto

en lo que respecta a las cuestiones más puramente femeninas, sino porque en todos los ámbitos es importante tener una visión que capte la sensibilidad femenina. Creo que es importante que colaboremos más, y caminemos juntos más frecuentemente.

¿Qué papel pueden tener las mujeres en la Iglesia de hoy?

En primer lugar, creo que cada persona en la Iglesia tiene un papel fundamental como cristiano y ese es el de anunciar el Evangelio, que es el mandato que Jesús dio a todos sus discípulos. Esto se hace con el testimonio de la propia vida independientemente del puesto que se ocupe. Hablamos de corresponsabilidad y lo entendemos en referencia al acceso a roles de gobierno en la estructura eclesial, pero la primera corresponsabilidad es la que proviene del mandato de Cristo de anunciar el Evangelio.

Un aspecto importante es una mayor participación en el servicio de la autoridad en la Iglesia. No sé cómo se puede lograr, dado que la Iglesia no es solo una realidad humana, sino que hay una dimensión teológica que el creyente no puede olvidar. No es solo una realidad social de la que podemos disponer como queramos. Es fundamental una investigación teológica seria y abierta más allá de ideologías y dogmatismos, que sea capaz de redescubrir cómo resuena hoy la Palabra de Dios.

Desmasculinización, el Magisterio a prueba

Un vaticanista analiza el proceso impulsado por el Papa

FABIO COLAGRANDE

El Papa **Francisco** lleva tiempo inmerso en un intento de “desmasculinizar” la Iglesia. Como ocurre con otras reformas emprendidas por **Bergoglio**, se trata de un proceso continuo cuyos resultados a día de hoy son inciertos. Pero el intento representa un paso adelante, no para lograr una democratización de las estructuras eclesiales con la inclusión de “cuotas femeninas”, sino para encarnar mejor el Evangelio. Más allá de la potestad sacerdotal reservado a los hombres, hay mucho que actualizar. Sobre todo, porque alcanzar la igualdad de género en la Iglesia significa propiciar una comunidad “desclericalizada”, en la que los sacerdotes no son vistos como poseedores del poder, sino como quienes realizan un servicio.

Al hablar del deseo de Francisco de “ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia” —expresado en *Evangelii gaudium*— muchos pasan por alto el hecho de que la otra cara de esta apertura es la superación de la cultura eclesial machista. “Sin embargo, nos hemos dado cuenta, especialmente durante la preparación y celebración del Sínodo, de que no escuchamos lo suficiente la voz de las mujeres en la Iglesia”, escribe el Papa en el prólogo del volumen de varios autores “¿Desmasculinizar la Iglesia? Comparación crítica sobre los ‘principios’ de **H.U. von Balthasar**”, publicado en enero de 2024. Añade que es “necesario escucharnos unos a otros para ‘desmasculinizar’ la Iglesia”.

Una esperanza expresada con palabras similares en noviembre de 2023, en su encuentro con la Comisión Teológica Internacional.

Abrirse a la presencia femenina en la Iglesia y desmasculinizarla son movimientos interdependientes. Tanto es así que, en la reflexión del Papa, la necesidad de abandonar el enfoque masculino surge del camino del Sínodo sobre la sinodalidad que en su *instrumentum laboris* desea “un mayor reconocimiento y promoción de la dignidad bautismal de las mujeres”. Al final de la primera sesión de la asamblea, celebrada en el Vaticano el pasado mes de octubre —la primera en la historia en la que 54 mujeres tuvieron derecho a voto— se aprobó un documento que afirma que “muchas mujeres hablaron de una Iglesia que hace daño” por “el clericalismo, machismo y ejercicio inapropiado de la autoridad”. Un mes después, el Papa reunió al Consejo de Cardenales en Santa Marta para abordar el tema del “papel de la mujer en la Iglesia”. Invitó a dos teólogas, **Lucia Vantini** y **Linda Pocher**, y al teólogo **Luca Castiglioni** para que compartieran su punto de vista con los cardenales. Las intervenciones se publicaron en el volumen “¿Desmasculinizar la Iglesia?”.

Condena machista

En más de diez años de pontificado, Francisco ha cuestionado los estereotipos de género machistas. En una catequesis sobre la familia, en enero de 2015, lanzó la alarma sobre la “sensación de orfandad” que

experimentan los niños debido a la ausencia de sus padres porque están ocupados con el trabajo o porque cuando están son incapaces de ocuparse de su educación. Son innumerables las ocasiones en las que ha reprochado, especialmente a los padres, que no encuentren tiempo para “jugar con sus hijos” o les ha pedido que cuiden del camino de sus hijos, como hizo san **José** con **Jesús**. Al carpintero de Nazaret, el Santo favorito del Papa, dedicó su Carta Apostólica *Patris Corde*, donde indica que las virtudes paternas son la ternura, la castidad y la hospitalidad, unas actitudes alejadas del cliché del páter familias.

El Papa ha demostrado que no concibe rígidamente la complementariedad entre los padres, fomentando una visión poco convencional de las tareas masculinas. “Es simplista la idea de que todos los roles y relaciones de ambos sexos estén encuadrados en un modelo único y estático”, aclaraba a los participantes en una conferencia. En *Amoris laetitia*, afirma que “ocuparse de las tareas domésticas o de algunos aspectos de la crianza de los hijos no hace al marido menos masculino”. Aún más explícito fue el Papa en 2018, en la carta a la profesora y escritora **María Teresa Compte Grau**: “Me preocupa la persistencia en las sociedades de una cierta mentalidad machista, (...) que, en la propia Iglesia, el servicio al que todos estamos llamados, a veces se convierta en servidumbre para las mujeres”. Más adelante reitera la necesidad de “una investigación antropológica renovada (...) que profundice cada vez más no solo en la identidad femenina, sino también en la identidad masculina”.

Crítica a quienes consideran las actuales dificultades de la familia un efecto de la emancipación femenina. “Es una forma de machismo, que siempre pretende dominar a las mujeres”, aclaraba en una catequesis sobre el matrimonio en abril de 2015.

Estas citas demuestran que la enseñanza del Papa Francisco siempre ha promovido el abandono de una visión machista en las relaciones familiares y eclesiales y el desarrollo de un nuevo modelo de masculinidad, junto con una puesta en valor de la mujer. Antes de reforzar la contribución femenina, tengo la impresión de que el Magisterio debe tomar conciencia de que la igualdad en la Iglesia todavía no existe. Es necesario dejarse ayudar, especialmente por las mujeres teólogas, para cerrar la brecha de género y desenmascarar lenguajes idealizadores que perpetúan las desigualdades y para construir una Iglesia que sea verdaderamente pueblo de todos y todas.



Cuando me descubrí que “la” Iglesia era “el” Iglesia

Se le ocurrió a la madre **Isabel**. Levantó el teléfono y me llamó: “¿Por qué no te vienes a pasar una tarde con nosotras y compartes lo que haces en *Vida Nueva*?”. Dicho y hecho. Allí me planté y me planto con frecuencia. En el comedor de la casa que tantas veces había visto de lejos desde el patio del colegio San José. Varias décadas después de dejar el uniforme de estudiante, me sentaba en la mesa con quienes me habían enseñado a rezar, a leer, a sumar... ¡Y hasta a coser! Pertenezco a esa generación de los 80. La España de la Movida Madrileña llenaba de color sus televisores, asentaba la democracia a trompicones y comenzaba a respirar la igualdad en sus calles. La escuela católica se hizo mixta. Los frailes dejaron que las niñas entraran en sus aulas y las monjas nos abrían las puertas a nosotros. Pleno de maestras religiosas y profesoras seglares.

Entonces ellas llevaban la batuta y ahora custodian mi memoria en esas meriendas de chocolate, bizcocho y confidencias. Son mis otras madres. Ellas me enseñaron el rostro misericordioso de **Jesús de Nazaret**. Me hicieron sentir y ser Iglesia. ‘La’ Iglesia y no ‘el’ Iglesia, como remarca **Francisco**. Desde el parvulario a la Secundaria. Consagradas con nombre propio: **Pilar, Asunción, Ascensión, Julia, Carmen Esther**... Educadoras laicas por vocación: **Maruchi, Tere, Ángela**... No se me pierde un solo nombre en el olvido, porque todas y cada una sacaron lo mejor de mí y me contagiaron la alegría de un Evangelio sin conservantes ni colorantes. Me prepararon para la Primera Comunión, me descubrieron las alas de la libertad de la conciencia con **Juan Salvador Gaviota**, me introdujeron en la interioridad a través de las diapositivas de *El Bosque de no talar*, me abrieron al encuentro con otros en mis primeros campamentos, despertaron mi ímpetu misionero con las huchas del Domund, me inculcaron la ‘no violencia’ cada vez que sonaba **José Luis Perales** en una Jornada de la Paz. Me hablaron de Dios con sus vidas. Al estilo del padre **Bienvenido Noailles**, un sacerdote galo del siglo XIX que puso las bases de una familia profética por su ser sinodal, conformada por sacerdotes, monjas contemplativas, religiosas de vida apostólica, laicos...

JOSÉ BELTRÁN

El liderazgo invisible de la mujer, en primera persona

El bachillerato requirió un cambio de centro, dos calles más arriba: el colegio Divina Pastora. En la clase: cinco chicos y una treintena de chicas. De nuevo, unas religiosas al frente. Las madres calasancias llegaron a mi vida para quedarse hasta la fecha. Para reconducir una adolescencia de despistes, para desencadenar las preguntas vocacionales, para afrontar con madurez el seguimiento a Jesús, para sentir el calor de la comunidad cristiana... Amigas y hermanas. O a la inversa. Me han acompañado en cada acontecimiento grabado a fuego en la historia que Dios sueña para mí: mi primera JMJ, mi primer empleo, mi primer desengaño amoroso, la muerte de mi padre, mis crisis de fe...

Vivir calasanciamente

Hoy soy laico calasancio, vivo calasanciamente feliz. “Bendito entre todas las mujeres”, como me recuerda siempre **María José**. Hijas de la Divina Pastora, y pastoras de hecho y derecho por empeño de un escolapio, san **Faustino Míguez**, que apuntaló un proyecto para rescatar de la ignorancia a las niñas de los albores del siglo XX. Mujeres consagradas que salvan a otras mujeres. *Apóstolas* que buscan y encaminan a otros tantos niños, jóvenes y hombres como un servidor. Discípulas misioneras que salvan a la Iglesia de la tentación del

patriarcado. El Señor es mi pastor, y ellas, mis pastoras. Se acumulan los nombres. Imperdonable no citar a todas.

Calasancias y SAFA, son la Iglesia que vivo y me hace vivir. Y con ellas, las hospitalarias del Jesús Nazareno, las Hijas de la Caridad, las siervas de San José, las jesuitinas, las misioneras cruzadas, las laicas de Cristianos Sin Fronteras, las mujeres de Brotes de Olivo, las voces de Ain Karem... Una Iglesia en la que ellas llevan los pantalones.

Cuando un día en mi juventud me topé con la realidad diocesana, entré en *shock* al descubrir dinámicas parroquiales y estructuras episcopales donde aquellas que me enseñaron a Jesús, no tenían voz. Aquellas que apostaban por una Iglesia en las periferias, eran sospechosas de confabular con ateos. Aquellas que habían dejado a un lado los hábitos, se las acusaba de descafeinar sus votos. Y yo, que había crecido a la luz de mujeres entregadas y valientes, que llevaban las cuentas de una empresa o te curaban las ampollas del Camino de Santiago, constaté que estaban relegadas al último banco. Arrinconadas por una errada interpretación de lo que es la ciudadanía eclesial. Todavía hoy me descoloca. Las primeras en creer en el Resucitado y que nunca renegaron de él, apenas se las considera mayores de edad, cuando el Espíritu les dio voz y voto en Pentecostés.

Me llamo **José**. Estudié en el colegio San José. Y me encomiendo al esposo de **Maria**. Aquel que supo ver, aquel que saber ver, que cada día en la Iglesia es y debe ser el Día de la Mujer.





Leer en el seminario a Simone de Beauvoir

MIGUEL HERRERA, IGNACIO UZCANGA y JOSÉ ANDRÉS GONZALEZ

Somos un grupo de seminaristas profundamente interesados en este famoso tema de la mujer. Es más, estamos convencidos de que no es una “cuestión femenina”, sino algo que nos concierne a todos: hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. Algunos de nosotros seguimos con interés un seminario universitario sobre el tema de género. Esto nos ha llevado a tener que leer y tratar de comprender a autoras como **Judith Butler**, consideradas las nuevas herejes por gran parte del mundo católico. Nos ha ayudado a conectar con nuestro tiempo para poder afrontarlo con empatía y juicio crítico a la vez. Otros nos hemos interesado por la figura de **Simone de Beauvoir** y así de forma espontánea hemos comenzado un grupo de lectura sobre “El segundo sexo”.

Hace unos meses organizamos una conferencia estudiantil sobre la revolución sexual con el deseo de comprender mejor su génesis y sus aportaciones positivas. Otros se han interesado por el tema de la mujer en la Iglesia y han obtenido un Diploma Conjunto de las Universidades Pontificias de Roma llamado *Mujeres e Iglesia. Cómo promover la colaboración entre hombres y mujeres en una Iglesia sinodal*. Algunos sacerdotes mayores que nosotros han acogido nuestro interés por el asunto con burlas o incluso sospechas. Creemos que estas iniciativas han llegado para quedarse. Como hombres célibes, estamos convencidos de que no podemos comprendernos plenamente a nosotros mismos sino en relación con el

Tres sacerdotes reflexionan sobre la identidad femenina y masculina

sexo opuesto. Como futuros sacerdotes, no sabremos quiénes seremos sino a través de los laicos. Para nosotros llamada “cuestión femenina” es una cuestión de identidad. No de las mujeres solo, también nuestra.

Hablando de los desafíos del Sínodo sobre la sinodalidad, una religiosa criticó el hecho de que las mujeres aún necesitan la bendición de las autoridades masculinas de la jerarquía patriarcal para tomar decisiones. Y esto se dice “en casa”. Para la cultura secular, la Iglesia es la principal fuente de opresión para las mujeres. Se suelen mencionar a este propósito los llamados “derechos reproductivos” o el control sobre el propio cuerpo, una libertad que no existe en la Iglesia. Muchos dentro y fuera están de acuerdo en que la Iglesia es sexista. La cuestión está abierta respecto a la palabra y el voto de las mujeres en el Sínodo, a la apertura de los ministerios del lectorado y del acólito... Aunque se habla mucho del tema, hay algo que no encaja y prueba de ello es la preocupación de muchas mujeres, y también hombres.

Proclamar la igualdad no es suficiente para que desaparezcan las desigualdades cultural-religiosas. Somos expertos en atrincherarnos en nuestros viejos sistemas de pensamiento, poner excusas e inven-

tar subterfugios. Simone de Beauvoir ya denunció que los cristianos reconocen la igualdad entre hombres y mujeres, pero la relegan al cielo y, en la tierra, siguen actuando como siempre. Afortunadamente, la igualdad teórica se experimenta cada vez más en la práctica. Sin embargo, hay dos actitudes que, en nuestra opinión, comprometen los esfuerzos en este sentido: 1) reducir la participación femenina a la adjudicación de cargos y 2) enfrentar a las mujeres contra los hombres.

Son necesarias

Con buena voluntad queremos incluir a las mujeres en tantos puestos de responsabilidad como sea posible. Si este deseo no va acompañado de una apertura real a la contribución real de las mujeres, nos encontraremos ante una operación de imagen o, peor aún, un machismo disimulado. Abrir espacios a las mujeres significa estar dispuestos a que modifiquen el sistema de alguna manera, a que cambien la lógica del equilibrio y a que cuestionen la forma en que siempre se han hecho las cosas. Esperamos que una mayor presencia femenina sea una oportunidad para que la Iglesia cambie verdaderamente, enriqueciéndose con sus talentos particulares.

Ni siquiera creemos que ayude a la igualdad considerar al hombre como un enemigo que vencer, como si éste fuera el mayor obstáculo para la liberación de la mujer. No se trata de organizar una cruzada contra el poder masculino. Esta actitud conflictiva destruye tanto a hombres como a mujeres. Nos destruye, porque estamos hechos para la comunión y para la alianza. La igualdad solo se puede lograr juntos y no en una lucha por la independencia. Una comunidad evangelizadora vibrante no puede existir sin la presencia de las mujeres. Y esto no lo aseguramos con condescendencia, como si se tratara de contentar a las mujeres con migajas, sino porque es la Iglesia la que las necesita y se enriquece cuando ellas realizan plenamente su vocación. Nosotros, jóvenes seminaristas, no podemos entender quiénes somos en la Iglesia sin la ayuda de las mujeres. Las necesitamos en nuestra formación.

Esta propuesta se contempla en la escena de Pentecostés: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y **María**, la madre de **Jesús**, y con sus hermanos”. El Espíritu no descendió primero sobre algunos y después sobre otros, tampoco cuando cada uno estaba en su casa. Descendió cuando “estaban todos juntos en el mismo lugar”.

El sacerdocio no es la solución

LUIGINO BRUNI

¿El Orden sagrado clericalizaría también a las mujeres?

Las mujeres aún no han encontrado el lugar que les corresponde en la Iglesia, todavía no hemos podido reconocerlas en su plena vocación y dignidad. Llevan dos mil años esperando ser vistas como las vio **Jesús**, que fue revolucionario por muchas cosas y, entre ellas, por el papel que tuvieron las mujeres en su primera comunidad. Pero si bien algunas de sus revoluciones se han convertido en la cultura y las instituciones de la Iglesia, su visión de la mujer y de las mujeres sigue aprisionada en el gran “todavía no” que no termina de convertirse en un “ya”.

Si miramos con atención, todos vemos que la Iglesia no existiría sin la presencia de las mujeres porque ellas son gran parte del alma y de la carne de lo que queda del cristianismo hoy y, antes incluso, de la fe cristiana, me estoy convenciendo cada vez más de que si cuando Jesús regrese a la tierra y todavía encuentre fe, esta será la fe de una mujer. Pero todos sabemos y todos vemos que el gobierno eclesial, en concreto el de la Iglesia católica, aún no ha sido capaz de hacer concreta y operativa la verdadera igualdad y reciprocidad entre hombres y mujeres. Por eso, la Iglesia católica sigue siendo uno de los lugares de la tierra donde el acceso a algunas funciones

y tareas sigue ligado al sexo, donde nacer mujer ya orienta desde la cuna el camino de vida en las instituciones, en la liturgia, en los sacramentos y en la pastoral de las comunidades católicas.

Conociendo y reconociendo muchas de las razones de quienes luchan por esto, nunca he pensado que la solución sea extender el sacerdocio a las mujeres, porque mientras el sacerdocio ministerial sea entendido y vivido dentro de una cultura clerical, ampliar el Orden sagrado a las mujeres significaría clericalizar también a las mujeres y, por tanto, clericalizar aún más a toda la Iglesia.

El gran desafío

El gran desafío de la Iglesia hoy no es clericalizar a las mujeres sino desclericalizar a los hombres y así a la Iglesia. Por ello, sería necesario comprender dónde hay que emprender las batallas y concentrarse en ellas, mujeres y hombres juntos, porque un error común es pensar que la cuestión de las mujeres sea solo un asunto de mujeres. Es necesario que hombres y mujeres trabajen en la teología y la práctica del sacerdocio católico, todavía demasiado ligado a la época de la Contrarreforma, porque una vez que el sacerdocio haya

sido reconducido al de la Iglesia primitiva, se volverá natural imaginarlo como un servicio de hombres y mujeres. Si ahora usamos nuestras energías para introducir a algunas mujeres en el club sagrado de los elegidos, solo conseguiremos aumentar la élite sin que se produzca algo bueno ni para todas las mujeres ni para la Iglesia. El actual Sínodo, con su nuevo método, podría ser un buen comienzo en este necesario proceso.

Pero también hay buenas noticias. A la espera de este proceso urgente, la Iglesia católica ya está cambiando muy rápidamente en algunas dimensiones importantes. En la Iglesia con el Papa **Francisco**, las mujeres están mucho más presentes en las instituciones del Vaticano, en las diócesis y en las comunidades eclesiales, en roles cada vez más importantes. Muchas son además laicas y/o casadas. Las mujeres teólogas y estudiosas de la Biblia también están creciendo en cantidad, calidad, estima e influencia. Son fenómenos que reciben menos atención que los debates sobre el sacerdocio femenino, pero crean las condiciones para que un día finalmente “la realidad sea superior a la idea” (*Evangelii Gaudium*), y en un amanecer brillante la Iglesia despierte como mujer, sin darnos

Rezar juntos en la yurta

El cardenal de Mongolia desvela que ellas fueron las primeras bautizadas

GIORGIO MARENGO

El don de la misión está en el corazón de la Iglesia. Desde aquella mañana en que rodó la piedra del sepulcro, pasando por la experiencia vibrante de Pentecostés, la comunidad creyente se sintió guiada a compartir la inmensa alegría de la resurrección y a ofrecer a personas de todas las culturas la posibilidad de experimentar esta nueva realidad en su propia vida. Había hombres y mujeres en aquel primer grupo de discípulos misioneros y toda-

vía hoy son hombres y mujeres los que perpetúan la misma dinámica de anuncio y testimonio. La vida misionera puede ayudar a tener una visión amplia y enriquecedora de lo masculino y lo femenino en la Iglesia.

Mi experiencia en este sentido es muy positiva y lo agradezco. Desde pequeño, la presencia de lo masculino y lo femenino ha formado parte de la normalidad de la vida cotidiana, empezando por la familia –en la que siempre ha habido una relación muy constructiva y enriquecedora con mi hermana–, y después

en el colegio y en el Movimiento Scout (niños y niñas), que marcó mis años de juventud. Tras terminar el bachillerato, entré en los Misioneros de la Consolata, un instituto fundado por el beato **Giuseppe Allamano** para formar religiosos y religiosas para la misión ad gentes. Un solo fundador dio vida a una congregación con rostro masculino y femenino, impartiendo a ambos las mismas enseñanzas, pensando precisamente en una familia, en el pleno respeto a la diversidad, pero en la convicción de que para alcanzar el



fin último (la primera evangelización) necesitamos hombres y mujeres consagrados a Dios para este propósito. No solo unos u otros, sino ambos.

Desde el primer día que pisé Mongolia he experimentado que el Beato Allamano tenía razón. Incluso antes, dado que hubo una preparación cercana a la partida en la que tuvimos



Edwin Long, *Regina Ester*, 1878

cuenta y sin hacer demasiado ruido, como las cosas realmente importantes de la vida.

Tuve la gracia de crecer, formarme y vivir durante cuarenta años en una comunidad fundada por una mujer y sus compañeras: el Movimiento de los Focolares. Trabajé durante más de diez años con **Chiara Lubich**, como su estrecho colaborador en materia de cultura y Economía de Comunión. Vi en ella la inteligencia diferente de las mujeres y muchas veces vi la de las mujeres en la Biblia. La Biblia, si sabemos leerla, a menudo nos muestra una inteligencia diferente de la mujer, caracterizada por un talento especial y una intuición para el cuidado de las relaciones y de la vida que se antepone a las razones, los intereses, el poder, la religión y tal vez incluso de Dios. **Rut, Ester, Abigail o María**, no son copias de los protagonistas masculinos de la Biblia. **Sara** no habría ido al monte Moriah para sacrificar a su hijo **Isaac**, porque en el momento en que la voz le hubiera preguntado, ella habría respondido: “No puedes ser la voz del verdadero Dios de la vida si pides que mate a mi hijo. Eres un demonio o un ídolo, porque solo los demonios y los ídolos quieren alimentarse de nuestros hijos, no el Dios de la Alianza y la Promesa”.

Olive Schreiner fue una pacifista sudafricana y activista por los derechos de las mujeres, una persona autodidacta que se educó leyendo la Biblia. En 1916, en una época de guerra similar a la nuestra, escribió maravillosas palabras sobre las

mujeres y la paz. Después de más de un siglo, las mujeres y los niños siguen sufriendo las consecuencias de las guerras y también siguen faltando donde se toman las decisiones, en los consejos de guerra o en las frías cadenas de mando.

La ciencia de la mujer

No será ni por cobardía, ni por incapacidad, ni tampoco por virtudes superiores, por lo que las mujeres pondrán fin a la guerra cuando su voz pueda ser escuchada en el gobierno de los Estados. Sino porque la ciencia de la mujer es superior a la del hombre: conoce la historia de la carne humana y conoce su precio. El hombre no lo sabe. En una ciudad asediada puede suceder que el pueblo derribe preciosas estatuas y esculturas de museos y edificios públicos para hacer barricadas, arrojándolas para llenar los huecos sin pensar, porque estaban a mano y no se consideraban más que piedras. Solo habrá un hombre que no pueda hacerlo: el escultor.

Y aunque esas obras no hayan salido de sus manos, él conocería su valor. Sacrificaría todos los muebles de su casa, el oro, la plata, todo lo que existe en las ciudades antes que destruir las piezas. Los cuerpos de los hombres son obras creadas por las mujeres. Si ellas tuvieran el poder, nunca los arrojarían para llenar el abismo en las relaciones humanas por las ambiciones y la codicia internacionales. Una mujer nunca dirá: “Tomad y destrozad cuerpos humanos: ¡y así solucionaréis el problema!”.

la oportunidad de conocernos y profundizar en la inspiración original de nuestro carisma. En el primer grupo de la Consolata en Mongolia éramos cinco: tres monjas, otro sacerdote y yo.

Una misión como esta, caracterizada por condiciones extremas—un número muy pequeño de católicos en comparación con toda la población (menos del 1 por ciento), un clima que oscila entre -40 grados en invierno y +40 grados en verano y un idioma de difícil aprendizaje—requiere cierto sacrificio y mucha sinceridad con uno mismo. Los rasgos de carácter, tanto buenos como malos, aparecen bajo la luz transparente del cielo de Mongolia, y les pasa tanto a los

hombres o como a las mujeres. En esta experiencia del desierto trabajamos juntos, hombres y mujeres, en la diversidad de vocaciones, pero en esencial armonía, porque nos sentimos humildes, iguales en nuestras necesidades ante la tarea que se nos ha confiado (el anuncio del Evangelio), que solo puede lograrse en la fe, con paciencia y con total libertad, ya seamos sacerdotes, monjas u obispos.

Misión compartida

Para mí la misión compartida ha sido y sigue siendo fuente de humanización integral. Es una de las condiciones para la vitalidad de la misión, porque el respeto mutuo y la estima que



los misioneros se tienen unos a otros son parte del testimonio dado en nombre del Evangelio. En la remota parroquia de Arvaikheer, donde estoy desde hace varios años, los primeros grupos de bautizados estaban formados íntegramente por mujeres. Al igual que en el sepulcro, las mujeres llegaron primero, trayendo consigo a sus maridos, hijos y padres. Muchas mujeres

también soportan solas la carga de sus familias. Durante la adoración eucarística en la iglesia redonda en forma de yurta, rezamos juntos, religiosos y religiosas, alrededor del Santísimo Sacramento. En la diversidad de nuestros respectivos roles, llevamos adelante el discernimiento y la labor misionera, encontrando en la oración la fuente viva de nuestro ser hijos e hijas de Dios.

La cuestión femenina en la Iglesia ya no es una cuestión exclusivamente occidental, europea y norteamericana, fruto de la brecha entre la promoción social de la mujer en la sociedad y la tradicional (pero no originaria) rígida diferenciación de roles en el catolicismo. La fase actual de la historia de la relación entre la Iglesia y la historia moderna, en particular el advenimiento de los estudios poscoloniales y decoloniales, ha abierto los ojos de los católicos a los aspectos globales de la cuestión de las mujeres.

Pero no deja de ser cierto que la perspectiva norteamericana, y en concreto la estadounidense, ofrece un punto de observación único e indispensable para comprender la combinación de las dinámicas internas (teológicas e institucionales) y las externas (en el sistema social, económico, político y cultural) cuando se habla de la cuestión femenina. Desde el punto de vista de la historia de la Iglesia, hemos salido del “siglo americano”, pero Estados Unidos sigue siendo un punto de referencia para comprender las tendencias globales del mundo religioso, cristiano y católico, sobre todo. La cuestión femenina en Estados Unidos, sin embargo, se liquida muchas veces con una serie de caricaturas, mitos y anti mitos (o mitos negativos) que la identifican con el feminismo radical de los años 60 y 1970 y que está representada únicamente por la movimiento por la ordenación sacerdotal o posiciones divergentes en cuestiones de moralidad sexual. En realidad, es una historia más larga y compleja que debe tenerse en cuenta para comprender la cuestión de las mujeres en la Iglesia católica actual.

- El primer factor es **la contribución de las mujeres para construir la iglesia en América del Norte durante los últimos dos siglos**. El estadounidense es un catolicismo de reciente inmigración que ha crecido desde mediados del siglo XIX. Es una iglesia que comienza a existir, en un país-continente aún por construir, gracias a las mujeres. Ellas son madres (una idea de “maternidad heroica” que desempeña un papel en la recepción americana de la encíclica de **Pablo VI**, *Humanae vitae*); y las religiosas son mucho más que el episcopado, el clero y las órdenes religiosas masculinas. Mantienen a las familias, pueblan el *catholic neighborhood* con la parroquia en el centro –y en un país que hasta la segunda mitad del siglo XX era oficialmente, aun-



Las católicas en los Estados Unidos

Las mujeres están detrás de la dinamización eclesial del país

que no constitucionalmente protestante, en el que los católicos eran considerados ciudadanos de segunda clase– fueron las mujeres las que construyeron las escuelas, universidades, hospitales, instituciones que no son menos importantes que el sistema parroquial y diocesano. La aportación de las mujeres a la realización del catolicismo “made in USA”, con también un importante impulso misionero global, no es un mito feminista, sino historia y muy viva historia reciente para la autocomprensión de los fieles de la Iglesia en América.

- Un segundo factor es el de **la recepción del Concilio Vaticano II en América, en el que surgió la voz de la teología de las mujeres de distintas maneras**. Está la teología feminista de los grandes nombres: desde el texto pionero de **Mary Daly** (1928-2010), *The Church and the Second Sex* (1968, antes de su deriva poscristiana), hasta los estudios fundamentales de **Anne E. Carr**

(1934-2008), **Elizabeth A. Johnson** (1941) y **Elizabeth Schüssler Fiorenza** (1938). El nacimiento de “la teología feminista” puede situarse entre los años 1968-1975, al mismo tiempo que ocurrió con la teología de la liberación latinoamericana y la teología negra norteamericana.

Signo de los tiempos

Es imposible no ver en la teología femenina y feminista en América un elemento legitimador de una interpretación y recepción conciliar fiel a la dinámica de los signos de los tiempos en los que se encuentra, en relación al papel de la mujer en la sociedad moderna. Pero también marca el comienzo de un cambio epistemológico en la teología, capaz de una lectura feminista que devuelva a la Biblia y a la Tradición a una vitalidad por muchos siglos aprovechada por dinámicas sociales y políticas que no siempre fueron evangélicas. No son solo



las mujeres quienes plantean la cuestión de la mujer en la Iglesia, sino también los teólogos varones (como los editores de dos números especiales de *Theological Studies* y *Concilium* publicados en 1975). En 1995, canonistas estadounidenses afirmaron que “a la luz de esta investigación, la ordenación de mujeres al diaconado permanente es posible e incluso puede ser deseable para los Estados Unidos en las circunstancias culturales actuales”. No es solo un tema de investigación académica dominio de unas pocas universidades de élite porque desde el post concilio, la llegada de generaciones de mujeres teólogas comenzó a enriquecer el personal docente de más de doscientas universidades y colegios católicos, religiosos y no, en Estados Unidos. Esto ha cambiado de raíz la cultura del catolicismo estadounidense, quizás más que en cualquier otro país.

• Un tercer elemento es la **intersección y diferenciación con otras culturas feministas: la corriente dominante, la del cristianismo protestante evangélico y fundamentalista, y otras tradiciones religiosas no cristianas en Estados Unidos**. También gracias al Vaticano II, la interpretación de la Escritura y la Tradición han permitido al catolicismo tomar su propio camino en el redescubrimiento de una imagen

La cuestión femenina explicada a nuestra hija

MASSIMO FAGGIOLI

En estos últimos dieciséis años me ha sucedido lo que a otros intelectuales de la Europa católica cuando entraron en contacto con Estados Unidos: se abre un mundo nuevo, y todo el resto del mundo (incluido el viejo continente) cambia de forma y de significado. Una diferencia esencial respecto a **Tocqueville** o **Chateaubriand**, además de los dos siglos que nos separan, es que los dos escritores franceses tuvieron experiencias de viajes pero no formaron una familia en América, y no enseñaron teología.

Nuestros hijos van a un colegio católico, vinculado a nuestra parroquia. Nuestra hija preadolescente se encuentra en la encrucijada de tres culturas diferentes en lo que respecta al tema de las mujeres en la Iglesia. En la escuela y en la parroquia hay una educación sólida y tradicional, recelosa de las cuestiones de género (a pesar de que casi todo el profesorado son mujeres): chicas monaguillas y catequistas sí, pero predicar desde el púlpito, no. Algo que se ajusta perfectamente al sentimiento religioso y eclesial de la gran mayoría de los católicos de los suburbios de Filadelfia. En casa, gracias a la educación humanística de mi esposa (estadounidense de habla italiana y estudiosa de la literatura italiana del Renacimiento), reina una atmósfera de apertura, consciente de las presiones que nuestros tiempos imponen al catolicismo, pero también confiada en las posibilidades que los tiempos modernos o posmodernos ofrecen para un nuevo papel de las mujeres en la Iglesia. Sin embargo, en lo que se llama la corriente cultural americana, la situación es más grave. Porque poner en la misma frase “mujeres” y “catolicismo” suele ser el comienzo de un chiste o una diatriba sobre el atávico, proverbial e irreformable sexismo de la Iglesia.

La cuestión es cómo gestionar esta mezcla entre el hogar, la Iglesia y el espacio público; entre el orden existente dentro de la Iglesia, la radicalización de las demandas del espacio público sobre la Iglesia en cuestiones de igualdad y derechos, y ese espacio de mediación que es o podría ser la familia y el hogar. Las tensiones entre estos tres ámbitos son perceptibles en todos los temas, pero de forma particular en la cuestión del papel de la mujer. Para mí fue una sorpresa cuando nuestra hija, un domingo después de misa, notó que en nuestra parroquia las mujeres no pueden hacer lo que solo los hombres pueden hacer, una flagrante contradicción con la idea muy estadounidense de que “puedes convertirte en lo que quieras si verdaderamente lo crees”.

Paciencia y respuesta

El bien que he tratado de hacer al servicio de la Iglesia proviene en gran medida de las mujeres que he conocido, especialmente en Estados Unidos, y después de mi encuentro con Estados Unidos: mi esposa, mis colegas teólogas, religiosas y monjas, estudiantes y, especialmente, nuestra hija. Como católico, teólogo y padre, la dificultad que enfrenta nuestra hija (en términos y distancias mucho más cercanas que las de las estudiantes o colegas) es mantener juntos, por un lado, el debido respeto a la paciencia de los pasos de Dios y de la Iglesia en la historia, y por otro lado la necesidad de responder —aquí y ahora— a interrogantes sobre las evidentes contradicciones entre el mensaje de Jesús sobre la dignidad de la mujer y un determinado modelo eclesial y social del catolicismo en Estados Unidos. Un modelo en el que las mujeres sabían dónde debían estar. *To know your place* en inglés significa “estar en tu sitio”, sin engañarte pensando que puedes cambiar cualquier cosa. Lo cual no es realmente una forma cristiana de ver a las personas.

femenina de la autoridad a partir de las voces femeninas de lo divino en la Biblia. Esto ha caracterizado el pensamiento y la experiencia de las mujeres en el catolicismo, tanto de Iglesias ancladas en un rígido papel del pasado colonizador y colonialista del protestantismo evangélico, como de otras tradiciones religiosas (el judaísmo

ortodoxo, el islam de reciente inmigración como los llamados *black muslims*), en una síntesis original y creativa, podría decirse única en el complejo panorama religioso de Estados Unidos.

El catolicismo toma la forma de una confesión religiosa conocida por su continuidad, pero también capaz de releer la

→ Tradición de manera dinámica para redescubrir páginas olvidadas o censuradas por una autoridad religiosa masculina y/o por siglos de modelos de género dominantes. Esto ocurrió desde el comienzo de la epopeya del catolicismo en Estados Unidos, se aceleró tras los masivos cambios culturales surgidos con la Segunda Guerra Mundial, y maduró de forma irreversible con las innovaciones jurídicas, sociales y económicas de los años 1960.

Teología y pensamiento

• Finalmente, el cuarto factor que nos acerca a nuestros tiempos: **el feminismo católico estadounidense, en contacto con otras culturas feministas, ha hecho al catolicismo capaz de leer los signos de los tiempos en consonancia con la crítica del Papa Francisco a la modernidad y la posmodernidad de capitalismo tardío.**

Un cruce entre la Doctrina social de la Iglesia, la teología feminista y el pensamiento feminista crítico con las obsesiones identitarias de la cultura estadounidense (por ejemplo, **Lauren Berlant**) ofrece al catolicismo la posibilidad de comprender la cuestión capitalista y tecnocrática de una manera única, más fructífera respecto a la crítica tradicionalista iliberal de la modernidad como a la tesis “postliberal” que adolece de una falta de visión histórica.

Las tensiones del período comprendido entre los siglos XX y XXI entre “el nuevo feminismo católico” en oposición al feminismo teológico social-liberal de los años 1960 y 1970 son visibles en Estados Unidos. Pero son tensiones afectadas por dinámicas generacionales que están en proceso de redefinirse por los grandes cambios sociológicos en curso y, en buena parte, gracias a los fenómenos migratorios que aportan innovación al papel de la mujer en el catolicismo estadounidense. La historia del postconcilio en Estados Unidos tiene mucho que enseñar y no ha terminado.

La perspectiva norteamericana no resuelve por sí sola las tensiones existentes entre el sistema institucional y las demandas de la teología feminista, pero ayuda a comprender mejor sus límites, más allá de trivializaciones y caricaturas. Por encima de todo, la cuestión de la mujer en la Iglesia en Estados Unidos esboza y anuncia algunas de las dinámicas del catolicismo global del que forma parte el catolicismo en Estados Unidos, que ya no es una provincia ni una extensión del catolicismo europeo.

SERGIO MASSIRONI

Soy sacerdote desde hace veintidós años y tuve la suerte de empezar pronto a trabajar también en ámbitos seculares como colegios públicos, por ejemplo, y al mismo tiempo en redes educativas y cívicas en las que la mía era una de las muchas aportaciones. Me di cuenta mejor de lo que se espera de la Iglesia, experimenté metodologías para las que no me había formado el Seminario y comencé a conocer mujeres en puestos de mayor responsabilidad que el mío. Poco a poco me di cuenta, no sin ansiedad y sufrimiento, de que las reuniones del clero, las asambleas eclesiales o la vida ordinaria de las comunidades católicas podían resultar pobres en comunión y poco cercanas a las múltiples realidades profesionales y civiles. Esto nos desmotiva y nos cansa, sea cual sea nuestra vocación.

Trabajo desde hace casi tres años en un Dicasterio de la curia romana, el que está al servicio del desarrollo humano integral. La intuición conciliar de un desarrollo de todo el ser humano se traduce en una vida cotidiana que debe ser transformadora y liberadora también para nosotros, al servicio del Papa y de las Iglesias locales durante algunos años de nuestra vida. Por ejemplo, muchos han observado y escrito que el nuevo perfil de la curia esbozado por la constitución *Praedicate evangelium* (2022) se manifiesta en tener como secretaria de Dicasterio a una mujer, la hermana **Alessandra Smerilli**.

Un papel de primer nivel, tradicionalmente arzobispal, que implica liderar a todo el grupo de trabajo, en nuestro caso, decenas de hombres y mujeres, entre los cuales los consagrados son minoría. Esto significa que, habiendo llegado a Roma después de casi dos décadas de ministerio en la diócesis de Milán, lo que antes me enriquecía principalmente fuera de la Iglesia ahora compone el hábitat del corazón del catolicismo. Se sabe muy poco sobre todo esto y creo que necesitamos una nueva narrativa de cómo hombres y mujeres bautizados, de diferentes orígenes y procedencias, pueden participar en el gobierno de la Iglesia con sus habilidades y sensibilidad junto al obispo.

No es raro que la gente me pregunte cómo es tener una mujer como jefa. Creo que somos muchos los que tenemos que buscar una respuesta que no es espontánea y no es sencilla. Este esfuerzo cuestiona el significado de la pregunta. ¿Es realmente una cuestión de género? En el Dicasterio

Un sacerdote medita sobre el liderazgo de Alessandra Smerilli en el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral

apreciamos, por supuesto, la capacidad de liderazgo de la hermana Alessandra. ¿Debemos decir necesariamente que sus cualidades expresan un genio femenino particular? Tal vez. Sin embargo, cuanto más convertimos a las personas en una categoría, más caemos en lo genérico. Por supuesto, si alguien tiene prejuicios contra las mujeres en general, o contra una persona en particular, la negatividad también puede expresarse a través de estereotipos de género. No se puede negar que a algunos clérigos les resulta agotador aceptar rendir cuentas de su trabajo ante alguien que no es clérigo: probablemente también se aplicaría a un laico, pero con una mujer es bastante nuevo y para algunos doblemente difícil.

Críticas enriquecedoras

Por supuesto, un buen líder sabe que en la crítica siempre hay algo que hay que captar a tiempo, una intuición o un sentimiento que puede orientarse hacia el bien. ¿Son entonces femeninas la cualidad de escuchar, la voluntad de empezar de nuevo, la capacidad de arreglar las cosas o no tomarlo todo como personal? Sí y no. Como hombre, me parece que puedo convertirme en hombre desarrollando



Tener a una mujer jefa en la Curia

dimensiones que no me son ajenas, pero que por cultura y formación no reconocía como elementos de fortaleza. Por supuesto, maduran en la relación con el otro, es decir, permitiendo que formas de ser diferentes a la mía interactúen con lo que ya soy. Cada persona aporta una perspectiva única y, si la cultiva sin separarse de los demás, también una comprensión profunda y única de muchas cuestiones, incluidas las cuestiones de fe.

Lo que experimenta un sacerdote, en un Dicasterio como el nuestro, es que, si las mujeres son excluidas de las conversaciones y de las decisiones, de las responsabilidades y de la reflexión teológica, en primer lugar, nos privamos de la mitad de la humanidad y de la mayoría de quienes rezan, creen, escuchan la Palabra, celebran los sacramentos y viven la caridad cada día. Este me parece que es el punto. Una Iglesia que se priva de mujeres en

los roles claves de su vida, de aquellas que ha generado en la fe y que tienen una palabra profética que compartir de Dios, se empobrece.

El obispo de Roma –y en consecuencia cada obispo, cada párroco– no puede permitirse este empobrecimiento de la vida eclesial. Por eso, la obediencia sincera al Espíritu intensifica la comunión de las diferencias, hasta el punto de pedir replanteamientos y reformas teológicas. Lo sabemos, pero todavía lo traducimos demasiado poco en la mayoría de las sedes eclesiales: la nueva conciencia que las mujeres tienen de sí mismas en el ámbito público y profesional no quita nada a sus características ya apreciadas en el pasado, sino como un verdadero signo de los tiempos, cambia nuestra experiencia de la realidad enriqueciéndola. Ya no se trata de ámbitos de vida separados y de compromiso para hombres y mujeres, sino

como responsabilidad común, cada uno con sus especificidades de vida familiar y social, de tareas educativas y económicas, de espiritualidad y política.

Es un camino que apenas ha comenzado: incluso en el ámbito civil es más difícil de lo que parece. En él se insta a la Iglesia a repensarse, comprendiendo lo que ya contienen los Evangelios, y hoy resulta más claro: en torno a Jesús hombres y mujeres estaban juntos como nunca antes había sucedido. La Iglesia obedece la Palabra de Dios y este es el criterio. Las circunstancias históricas nos obligan a escucharla e interpretarla, es decir, a recibirla como Palabra viva.

Es el corazón de un proceso sinodal que refleja el modo de tomar decisiones ya descrito en los Hechos de los Apóstoles. Jesús advirtió a los dirigentes del pueblo que no deben hacer de su tradición una ley que anula la Palabra de Dios, por lo que es necesario llamar a las cosas por su nombre y luchar contra las falsas solidaridades, sobre todo, si están revestidas de sacralidad y sufridas en forma de un poder que monopoliza todo.

Crisis de autoridad

El bien siempre se hace a la luz, no humilla y no se paga: esto también se aplica internamente al mundo femenino, pero requiere una vigilancia específica donde, por cultura o tradición, los hombres tienden a hacer valer un derecho sobre las mujeres, o los grandes sobre los pequeños no pocas veces en nombre de Dios. Estamos viviendo una crisis de autoridad que ha tocado a las Iglesias de gran parte del mundo. Tendremos que apoyarnos cada vez más en las capacidades multidisciplinares de los bautizados y debatir la eficacia de las buenas prácticas que ya están en marcha o en fase de experimentación.

Es la sociedad en su conjunto la que, de diferentes maneras y a diferentes ritmos, está avanzando a pasos agigantados en materia de derechos de las personas. Hasta el punto de que allí donde se niegan los derechos humanos fundamentales –y de cuántas maneras y en cuántos lugares se siguen negando– se produce un escándalo insostenible. La evolución de este proceso será dramática en la medida en que desborde los intereses de unos pocos en cuyas manos se concentran hoy la riqueza y el poder, pero debemos tener fe en las sorpresas de Dios, que sabe tocar los corazones y las mentes, sabe hacer nacer nuevas las cosas donde menos se espera y sabe transformar el dolor en alegría.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento